

LA LITERATURA Y EL HOMBRE

1947

El hallazgo de un escritor en cuya obra se vea, más que a otros seres, al escritor mismo, es para mí uno de los mayores placeres que la literatura puede proporcionarme. Creo que la conjunción de una aspiración literaria con un temperamento ricamente expresivo, produce las grandes obras, no tal vez las más clásicas, pero sí las más humanas. Debo confesar que he perdido la esperanza de terminar de leer algún día El Quijote y que no he pensado jamás en leer La Divina Comedia; pero leo todos los años Los endemoniados, y no puedo, en ningún momento, por atareado que esté, abrir Can guro, en ninguna de sus páginas, sin sentirme violentamente arras trado a seguir hasta el final :el hombre me llama y lo veo ahí, oigo el latir de su pulso, el fluir de su pensamiento; lo veo de- batirse en ~~lucha consigo mismo y con los demás~~, está libre, sin etiquetas, sin smoking y sin partido político, entregado a las obscuras fuerzas que surgen de él.

CELICH UC
Centro de Estudios de Literatura Chilena

Y sin embargo, ~~no es lo autobiográfico lo que me atrae. Lo que me atrae es la riqueza de expresión, lo íntimo de ésta, la multipli- cidad de personalidades y de caracteres que en el autor coexisten,~~ la variedad infinita de matices que contiene su espíritu. Sus con tradicciones y sus angustias son las mías y las de todos los hom bres parados en la línea del hombre.

La capacidad de manifestar todo esto literariamente constituye, a mi juicio, el genio literario.

En otros escritores encuentra uno otra cosa: ve el trabajo metó dico, los apuntes, las notas, los datos recogidos por sí mismo o por los amigos, ve la lenta estructuración de la novela, la medid a, el tino, el ingenio. Si, es interesante, se ve trabajar al hom bre , se le siente trabajar afanosamente, Pero, rara vez o nunca, se ve o se siente al hombre mismo. Sus personajes son sus perso-

najes; no es él. Estos últimos escritores escriben generalmente me morías; los anteriores, no ¿Qué pudo decir Dostoyevsky en sus memorías? Para mí, nada nuevo. El estaba en su obra y su obra era él. En ella estaban todas las fuerzas de su espíritu, todas las te rribles fuerzas de su espíritu y seguramente todas las tremendas fuerzas del espíritu de su raza. Igual cosa sucede con Lawrence, en unas posibles memorías, algo de sí mismo que no esté en Canguro? Absolutamente nada.

Horacio Quiroga tuvo, en alto grado, esta virtud de que hablo . No era un escritor pulcro, atildado, brillante; tampoco lo habría querido ser y seguro estoy de que despreciaba esas cualidades, tan alabadas por los profesores y que muchas veces no sirven sino para disimular la falta de otras más profundas. Era un escritor de fuerza espiritual grande y de segura expresión. Narrativo por excelen cia, absorbía ~~lo que veía y lo que sentía, lo vivido y lo pensado~~ y en sus libros de ~~le ve trabajar de cerca y se le siente respirar, vivir.~~ Su ~~sér se expresa en sus obras,~~ y había entre su vida, su espíritu y sus producciones, una estrecha relación. Para conocer a Quiroga personalmente, no hay más que leer su obra. Ahí se le encontrará, con sus ojos claros y su barba negra, andando por la selva.

Dicen que tenía manos muy expresivas, huesudas, manos de carpintero que ha "abusado de las herramientas", como él mismo decía. Seguramente sus uñas no siempre estaban muy pulcras. (Cuando lo invitaban a mesas de etiqueta, sus manos, sobre el mantel albísi mo, aparecían más huesudas y expresivas que nunca, y sus uñas - pues amaba asustar a los tímidos elegantes -, impregnadas de los ácidos que en sus ratos de naturalista usaba, se veían más negras que otras veces.) Su obra de escritor es así, como sus manos, ex presiva, enjuta, a veces con las uñas sucias; pero esto último, que refiero especialmente a su indiferencia por la pulcritud y a su preferencia por la expresividad, da a su obra, al revés de lo que se podría esperar, mayor calidad humana, pues se ve ahí al hombre que sólo está preocupado en verterse, sin cuidarse de de-

talles ajenos a su espíritu.

Pocos escritores hay en América del Sur que hayan llegado más allá que Quiroga en el sentido de que hablo. En él domina el sentimiento del hombre y de la naturaleza y no hay entre él y la selva, entre él y el río, entre él y los animales, entre él y el hombre, más distancia que la que existe entre el árbol y el hombre, entre el hombre y el agua, entre la bestia y el ser consciente, entre un individuo y otro individuo, es decir, sólo la distancia natural. Cuando busca, para matarla, a una serpiente yarará, es nada más que un hombre que busca, para matarla, a una serpiente. No es un poeta, ni un filósofo, ni un profesor, ni un escritor .

Lo descriptivo no era el fuerte ni la afición de Horacio Quiroga. La descripción es, en sus relatos, en sus novelas, más que otra cosa , una necesidad impuesta. Tampoco eran su debilidad el hombre o la naturaleza. Parece no conceder a ninguno de esos elementos más importancia que la que realmente tienen. Hay escritores que dan al paisaje, al hombre, al animal, importancia literaria y los describen minuciosamente, rasgo por rasgo, línea por línea, haciendo gala de ello; proceden de dentro a afuera. Quiroga, al revés, procedía de fuera a adentro. Olvidaba lo que no tenía para él algo esencial: un gesto, un color, un movimiento, una línea. Veía algo y lo fijaba tal como lo veía, sin entregarse a ese proceso de rumia que transfigura los elementos hasta el extremo - en ocasiones - de hacerlos irreconocibles. El hombre se presenta tal cual es y tal cual viene:

" Una tarde, en Misiones, acaba de almorzar cuando sonó el cencerro del portoncito. Salí afuera y vi detenido a un hombre joven, con el sombrero en una mano y una valija en la otra.

Había cuarenta grados fácilmente, que sobre la cabeza crespa de mi hombre obraban como sesenta. No parecía él, sin embargo, inquietarse en lo más mínimo. Lo hice pasar, y el hombre avanzó sonriendo y mirando con curiosidad la copa de mis mandarinos de cinco metros de diámetro que, dicho sea de paso, son el orgullo

de la región - y el mío.

Le pregunté qué que quería, y me respondió que buscaba trabajo. Entonces lo miré con más atención.

Para peón, estaba absurdamente vestido, La valija, desde luego de suela y con lujo de correas. Después su traje, de cordero y marrón sin una mancha. Por fin, las botas y no botas de obraje, sino artículo de primera categoría. Y sobre todo esto, el aire elegante, sonriente y seguro de mi hombre . ¿Peón él ?...

- Para todo trabajo - me respondió alegre.- Me sé tirar de hacha y de azada..... Tengo trabajado antes de ahora no Foz-do-Iguassú; e fize una plantación de papas." (H.Quiroga, ibídem.)

Ni una palabra sobre los ojos, los labios, los dientes o las mejillas del muchacho brasileño. Y si habla de la cabeza crespa del peón es porque el sol lo obliga a ello. Detrás del hombre está el paisaje, el río:

" Y volviéndose al Paraná, que corría dormido en el fondo del valle, agregó contento:

- ¡Oh ,Paraná do diavo !... Si el patrón te gusta pescar, yo te voy a acompañar a usted..... Me tengo divertido grande no Foz con os mangrullús ." (H. Quiroga, ibídem.)

Después de esto, ni una palabra más sobre el aspecto exterior del hombre, a quien los hechos se encargan de estructurar y completar, Igual cosa sucede con el paisaje; sólo aparece en el cuento cuando es imposible eludirlo. Y esto no significa, de ningún modo, que las facultades literarias de Horacio Quiroga tuvieran límites por ese costado. No. Pero es que en él primaba el narrador y dentro del narrador - como decía el pintor Juan Francisco González en sus clases de dibujo - el hombre que olvida las grandes presas y se va de cabeza al detalle, al detalle necesario, no al superfluo.

¿Deberá esperar la obra de Horacio Quiroga, muchos años, al escritor que fije, en un estudio digno y concienzudo, las características que lo hicieron sobresalir sobre las cansadas u orgullosas cabezas de los escritores de nuestra América? Mucho lo

tememos . Por nuestra parte, a pesar de la admiración y del aprecio literario y personal que sentimos por él, debemos reconocer que carecemos de muchas de las condiciones que se necesitan para intentar una obra como la que Quiroga merece. En primer lugar, y sobre todo, el conocimiento personal del autor, que en este caso parece indispensable por su relación tan íntima que hay no sólo entre su espíritu y su obra, sino también entre su vida y su obra. Se puede afirmar que la vida hizo la obra de Horacio Quiroga y que él sólo puso en ella su espíritu, animándola, dándole ese soplo ardiente y áspero, tierno y profundo - en el sentido humano - que sale de ella. Nadie más indicado para escribir esa obra que Enrique Espinoza, que fué su amigo y su discípulo y que lo vió y lo sintió vivir, en Buenos Aires y en Misiones, en sus mejores y más fecundos años. Espinoza tiene una deuda con Quiroga y esperamos que algún día, libertándose de su angustia política, se decida a pagarla con creces. Es una deuda entre camaradas.

CELICH UC

En esta breve glosa sólo hemos querido fijar, tal vez con demasiada superficialidad, algunos de los rasgos de Quiroga, quizá no los más esenciales y valiosos. Hay mucho que decir de él, de su estilo principalmente que - recurriendo a una imagen - se nos ocurre una de esas herramientas que los trabajadores solitarios de las montañas o de la selva, mineros o carboneros, imposibilitados de adquirir nuevas, hacen por sus propias manos y que, careciendo del tipo standard, ostentan, en cambio, al mismo tiempo que la noble dureza del material con que fueron construídas, la gracia personal y espiritual del que las hizo. En seguida, de su facilidad para irse al corazón de los acontecimientos y de las sensaciones; de su dramático y casi trágico sentido de la vida, tal vez agudizado por la pérdida de su primera esposa; y, en fin, de su capacidad para olvidar todo eso y de sacar, como de entre la barba, aquellos deliciosos cuentos para niños.

Horacio Quiroga, cuentista completo, tontamente adscrito por alguien a la figura de Kipling, como si no valiera por sí mismo lo suficiente como para no necesitar sombras protectoras a su lado

y como sí, además de sus cuentos de animales, no hubiera hecho otros, sino más pintorescos, mucho más profundos y logrados que algunos del autor de Kim, es una figura literaria y humana que el tiempo no hará sino perfilar mejor.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©